



de San Roman, partió á incorporarse con el ejército de la izquierda, al cual halló, como hemos visto, en retirada de la acción desgraciada de Zornoza. La Romana había ido á Londres.

Al mismo tiempo que la division del Norte, se le incorporó á Blake otra de Asturias al mando de D. Gregorio Quirós, componiendo en todo un refuerzo de ocho á nueve mil hombres. Cambió con él de ánimo, y su primer cuidado ué socorrer las divisiones de Acevedo y Martiengo, quienes, al tener algunas vagas noticias del contratiempo de Zornoza, creyéndose poco seguros, se habían internado por Miravalles. El general Villate, destacado por José para cooperar con Lefebvre á la persecucion de Blake, los encontró en Menagary; pero al ver que le hacían rostro, no presumió sino que tenía á la vista el ejército entero de la izquierda, y se replegó á Orduña. Los nuestros se aprovecharon del terror para tomar mejor posición en las ásperas quebradas de Orrantía, donde los hallaron las demás divisiones.

La que se adelantó á Balmaseda, al mando de D. Estéban Porlier, acometió de improviso al general Villate, que se encontraba allí, y lo puso en fuga (4 de Noviembre). Rehízose sobre la marcha á la orilla del Sacedon, y volvió sobre los nuestros; pero notándolo Acevedo, situó en buen paraje cuatro cañones y envió por una vuelta dos batallones que, cayendo en medio del fuego por la retaguardia de los franceses, los precisaron á nueva fuga en dispersion.

Napoleon, aunque descontento de que se hubiesen emprendido antes de su llegada las operaciones, no queriendo que coincidiese su entrada con una derrota, había ordenado que el general Víctor con su ejército marchase por Orduña en cooperacion de Lefebvre. Reunían cincuenta mil hombres, fuerza muy superior á la de Blake. Empezó éste de nuevo por consiguiente la retirada, despues de tentar infructuosamente una acción antes de Balmaseda, en la que se distinguieron la division de Figueroa y el batallon literario de Santiago.

Al llegar á Espinosa de los Monteros, el 9, creyó, á pesar de lo estenuada que estaba su gente por las continuas marchas, las lluvias, la escasez de alimentos y el mal vestido, que po-

dian ensayar otra vez la fortuna. Dos días peleó honrosamente con Víctor, que tenía cuatro mil hombres más de fuerza.

La acción del primer día quedó indecisa; pero la del segundo le demostró ingratamente cuán presuntuosa había sido la esperanza que le retuviera de noche sobre el campo de batalla aguardando el alba para recoger el fruto de la sangre derramada. La division asturiana se batió con extraordinaria serenidad, y quizá hubiera humillado segunda vez á las imperiales si el general enemigo, más ganoso de la victoria que celoso de su honra, notando el influjo de Quirós y otros jefes sobre los españoles, no hubiese apelado al innoble recurso de enviar tiradores escogidos para que, agachados en las malezas y quebras del terreno, disparasen contra ellos ó, digamos más bien, los fusilasen alevosamente. Quirós, Acevedo, Valdés, Escario, Peon, cayeron muy pronto heridos; su falta causó el desaliento y la dispersion de los soldados; y la destruccion de esta ala hizo flaquear, y al fin retroceder, á la de la derecha y al centro. La pérdida fué grande, y la retirada, casi en completo desorden, la aumentó.

Creó que aún podía rehacerse en Reinosa; mas no le dieron tiempo ni para retirarse por la parte de Castilla á León, viéndose forzado á meterse en lo más intrincado y áspero de las montañas, para eludir ó aliviarse de la persecucion de tres columnas que le acosaban. Al fin, llegó con las reliquias de su ejército á las orillas del Ezla, donde le esperaba el sucesor nombrado por la junta central, el marqués de la Romana. Apesarado de no haber podido reparar sus desgracias, le entregó el mando, con placer de la opinion pública, á la cual sacrificó á sabiendas su reputacion: tan fácil era entonces ser apellidado traidor por la impaciencia de los pueblos. Quizá fió también demasiado en sus conocimientos para aventurarse con ménos gente, y no disciplinada, en acciones campales con los primeros soldados de Europa.

Franco por esta parte el camino de Madrid, adonde quería Napoleon presentarse inmediatamente para demostrar á Europa que no le había abandonado la fortuna, envió á Moncey con el tercer ejército sobre la izquierda para que



observase á los dos españoles del centro y de Aragon, que se hallaban sobre el Ebro. Ni por su número, ni por su calidad, podían éstos resistir el ímpetu de aquél; y para mayor flaqueza, las disensiones tenían divididos y encontrados á los jefes. Los había que no se conformaban de buen grado con la superioridad de Castaños, acusándole de haberse adornado en Bailén con ajenos laureles, y la voz pública le censuraba ágríamente por su larga inacción, calificándola los más propicios de circunspeccion excesiva. Para acallar los rumores, nombró la junta central una comision que le activase y asistiese con sus consejos; disposicion que no tuvo más resultado que avivar y extender las rencillas: bastaba que entre los comisionados estuviese el conde de Montijo.

Mientras en consejos, planes y altercados corría el mes de Noviembre, perdiendo un tiempo precioso nuestros caudillos, el mariscal Lannes juntaba en Lodosa las fuerzas de Moncey, Lagrange, Colber y Mathieu, que subían á treinta mil infantes con cinco mil caballos y sesenta cañones, y en combinacion con ellas pasaba Ney al frente de otro cuerpo de veinte mil hombres á Soria para cortarles el camino de Madrid y envolverles en su posición.

Conoció entonces Castaños que tenía necesidad perentoria de moverse, y levantó su campo de Calahorra y Cintruénigo para replegarse á las orillas del Queiles, entre Tarazona y Tudela. Acudiendo allí Palafox, celebraron consejo de guerra, sin acertar á convenirse en si era más conveniente defenderse en Aragon, puesto avanzado de la causa nacional, ó retirarse á las provincias meridionales, por ofrecer más recursos al mantenimiento de la guerra. En estas cuestiones se ocupaban cuando la mañana del 23 les avisaron que se avistaba al enemigo en marcha hácia ellos.

Lo precipitado de las disposiciones que se tomaron y el desconcierto de los jefes nos causaron una derrota, que quizá con mayor prevision y armonía se hubiese evitado, porque los cuerpos que entraron en fuego se batieron bizarramente. Hallaron los franceses á nuestro ejército, superior en número, extendido en la línea de cuatro leguas que hay de Tarazona á

Tudela, parte en este punto formando el ala derecha, parte en Cascante constituyendo la izquierda, otros en el llano que hay en medio, y separadamente Grimarest en el primero de los pueblos citados. Los tres cuerpos del campo de batalla rechazaron la embestida que cada cual sufrió, y á no haber tenido el enemigo una caballería tan superior á la nuestra en número y calidad, difícil le hubiera sido vencer el aliento que tomaron nuestros soldados con la primera ventaja. Con esta arma puso Lefebvre en desorden al centro y lo comunicó á la derecha. En la izquierda fué á la inversa, la infantería sostuvo á los ginetes rechazados, obligando á Peña á guarecerse dentro de Cascante. La division de Grimarest, que hubiera debido socorrerla por haber recibido órdenes oportunas, no llegó allí hasta la noche, cuando todo estaba perdido. Dos mil prisioneros, muchos muertos, los almacenes de Tudela, la artillería de la derecha y del centro fueron el sacrificio que impuso á la nacion la impericia y las rivalidades de sus generales. Los aragoneses, valencianos y murcianos que libraron la batalla, se refugiaron en Zaragoza, para donde por la mañana se había marchado Palafox, acaso persuadido de la desgracia que iba á suceder.

Castaños, retirado al pronto en Borja, tomó el camino de Calatayud, donde le halló una órden de la junta central para que acudiese en socorro de la capital, amenazada por Napoleon, que avanzaba ya por Somosierra.

El emperador, despues de haber distribuido á derecha é izquierda fuerzas suficientes para destruir ó entretener los ejércitos de Blake y Castaños, había emprendido su camino á Madrid, acompañado del segundo ejército, y la caballería al mando de los mariscales Sout y Bessieres.

Al acercarse á Búrgos el 10 de Noviembre encontraron el ejército de Estremadura que llegaba al mismo tiempo, cumpliendo la órden que se le diera en mejores circunstancias de acudir al Ebro. Mandábalo el conde Belveder, jóven presuntuoso y sin experiencia, que tuvo la arrogancia de decir á los oficiales de la segunda division, al ir á cumplimentarle, que se





retirasen á descansar, pues la primera bastaria para rechazar á los franceses si se presentaban. Avanzada esta en Gamonal, poco tardó en avisar la presentacion del enemigo. Acudieron allá las demas fuerzas, y se trabó una pelea de corta duracion: concluyó en tan espantoso desórden que vencidos y vencedores entraron mezclados en Búrgos. De Belveder se apoderó tal terror que no peró en la retirada hasta Segovia, donde le salió al encuentro don José de Heredia, enviado por la junta central para su cederle en el mando y recoger las reliquias de aquella division que, sin la imprudencia de su general, hubiera acudido oportunamente á resguardar la capital.

El vencedor, despues de mandar en seguimiento de los fugitivos una division, y de entregar á Búrgos al saqueo, hizo una nueva distribucion de sus fuerzas. Otra columna fué enviada camino de Palencia y Valladolid, mientras el mismo Soult torcia hácia Reinosa con ánimo de cortar á Blake en su retirada, despues de la derrota de Espinosa. Enriscados los españoles en la sierra, no produjo esta excursion otro resultado que la sorpresa de un convoy de enfermos y heridos, que fueron acometidos inhumanamente. Entre ellos pereció el valiente Acevedo, á pesar de los ruegos de uno de sus ayudantes, el luego ilustre é infortunado Riego. Soult, bajando hasta Santander, pudo en San Vicente de la Barquera completar la dispersion de las fuerzas segregadas de Blake, aventándolas en su rápida correría hasta las llanuras de tierra de Campos.

En su lugar se habia juntado al emperador en Búrgos el primer cuerpo al mando de Víctor. Antes de continuar la marcha, queriendo que le precediese fama de generosidad y grandeza, publicó un decreto de perdon general y amplia amnistia á todos los españoles que, un mes despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y acataran la soberanía de su hermano. Incluía en él á las juntas y los generales, y solo exceptuaba al príncipe de Castel-franco, los duques de Infantado, Híjar, Medinaceli, Osuna, los condes de Fernan Nuñez y Altamira, el marqués de Santa Cruz del Viso, el ministro Cevallos y el obispo de Santander,

cuyos bienes, dentro y fuera de España, debian ser confiscados, y sus dueños, si se les habia, entregados á una comision militar para ser fusilados. Asombró mucho en España, no acostumbrada á los decretos de proscripcion, tanta crueldad, y extrañó sobre todo que fuese incluido el obispo de Orense, sobre quien no podia racionalmente recaer la nota de traidor á las coronas de España y Francia que se aplicaba con ciertas apariencias de razon á los demas.

Luego que tuvo noticia de que el general inglés Moore, recién venido á España con parte de las tropas de Portugal, no salia de los alrededores de Salamanca, fué cuando resolvió derramar ocho mil caballos al mando de Lefebvre por las llanuras de Castilla, que en union con las fuerzas de Soult tuviesen en respeto á los que intentaran estorbar por esta parte su movimiento. Cuidó tambien de entretener á las tropas de Palafox y Castanos enviando contra ellos á Moncey y á Ney.

Derrotados los ejércitos de la izquierda, centro y Extremadura, pocos eran los obstáculos que se le podian oponer. La junta central, llamando en socorro de la capital á Morla y la marqués de Castelar, hizo ocupar apresuradamente los pasos de la cordillera carpetana que corre á su Norte y debia aquél atravesar, especialmente el conocido puerto de Somosierra. Guarneciolo don Benito San Juan con doce mil hombres, allegados en el acto de diversos cuerpos y algunos cañones, alargando parte de su gente á Sepúlveda á las órdenes de don Juan José Sarden. Supo este valiente militar pelear con denuedo por espacio de tres horas contra cuatro mil infantes y mil caballos, precisándolos á retirarse; mas no supo resistir con igual entereza las falsas voces que se difundieron para quebrar el valor de sus soldados, y se replegó á Segovia en la noche del 29 dejando á San Juan desamparado y con muy escasas fuerzas en el puerto. Sin embargo, atacado éste al dia siguiente, disputó el paso con bravura á las columnas de frente, no cediendo sino cuando se vió flanqueado por otras dos que á favor de una densa niebla se habian corrido por las alturas que á derecha é izquierda



de la carretera real se prolongan dominándola. La dispersion fué consiguiente, aportando á Segovia el mismo San Juan penosamente.

Nada estorbaba ya á Napoleon en el camino de Madrid. La junta central, hasta entonces indecisa sobre el partido que deberia tomar, recelosa de que una retirada se atribuyese á fuga y abandono por el pueblo, se vió al fin obligada á emprenderla precipitadamente. Habíase comprometido más á tomar esta resolucion con haber hecho quemar por mano del verdugo las cartas que los ministros de José le habian dirigido, aconsejándole la sumision al emperador para evitar al país los efectos de su enojo si se prolongaba la resistencia. Salió de Aranjuez en la noche del 1.º al 2 de Diciembre, habiendo antes despachado á las provincias varios comisionados para que inflamasen el espíritu público y nombrado una comision de su seno para el más pronto despacho de los negocios urgentes.

Alborótose entretanto Madrid pidiendo armas para defenderse, y por más que no fuese punto susceptible de defensa, hubieron las autoridades de conformarse con su demanda, procediendo á levantar baterías á barbata delante de las puertas, aspillar las tapias, abrir cortaduras en unas calles, desempedrar otras y parapetar con colchones y tablas los balcones para llevar la resistencia hasta el último grado. Reasumió una junta el gobierno militar y político, y fué encargado de la defensa Morla, por tener mejor reputacion militar que el gobernador, Vera y Pantoja. No habiendo más que trescientos soldados de guarnicion, con dos batallones y un escuadron de reclutas, se repartieron entre la muchedumbre ocho mil armas de toda especie, fusiles, escopetas, sables, chuzos, etc.

Dió esto lugar á un incidente lastimoso. Faltaron cartuchos y se inquietó el pueblo, hallóse que muchos de los distribuidos eran de arena, y se formó una terrible tormenta en medio de la agitada multitud. Nunca se supo positivamente quién cometió aquel fatal engaño; pero un sordo rumor empezó á acusar, naturalmente al regidor encargado de la fabricacion de los cartuchos. Era éste el marqués de Pera-

les, antes muy querido del pueblo madrileño por sus hábitos é inclinaciones vulgares, hasta el punto de andar ordinariamente vestido de majo, y buscar siempre sus relaciones amorosas entre las hijas de la que llama su clase baja plebe, y de entre ellas á la más desenvuelta y agraciada. Funesta le fué esta inclinacion caprichosa, pues la hija de un carnicero á quien habia ofendido con su abandono, contribuyó mucho á airar contra él los ánimos del pueblo, ya desde algun tiempo prevenido por las voces que corrieron de estar en inteligencias secretas con Murat. Agolpóse á la puerta de su casa, allanóla enfurecido, y habiéndola encontrado en ella, fué cosido á puñaladas y arrastrado por las calles en una estera. El conflicto público cortó un tumulto que en otras circunstancias tal vez no se hubiese aplacado con aquella sola víctima, no sabemos si culpable ó no del delito que se le imputó.

Las tropas de Napoleon se presentaron á la vista de Madrid en la mañana del 2 é hicieron dos intimaciones de rendicion, que fueron desoídas, mientras levantaban sus baterías. Al dia siguiente treinta cañones rompieron el fuego contra las tapias del Retiro, punto que domina la poblacion y que los nuestros habian mirado con culpable abandono, aún despues de saber la importancia que le diera Murat. Auxiliaron su ataque distrayendo la atencion, otras piezas que se prolongaban desde allí hasta la parte septentrional del recinto, batiendo las puertas de Alcalá, Recoletos, Fuencarral y Conde-Duque. El emperador, desde la fuente Castellana, dirigia el ataque, hasta que la batería colocada en el altonazo de la escuela de Veterinaria le obligó á retirarse algo más. Defendiéronse con serenidad los del Retiro mientras la artillería no abrió en sus débiles tapias un boquete, por donde penetró brevemente la division de Villate, que avanzó en su persecucion hasta el conocido paseo del Prado. Detuviéronse allí los franceses, al pronto por el formidable aspecto que ofrecian las calles inmediatas de Atocha, San Jerónimo y Alcalá, no habiendo decaído en nada por la pérdida del Retiro el aliento de sus defensores, y despues por haber recibido contraórden del emperador en vista de la sus-





pension de armas que Castelar acababa de pedirle por contestacion á una nueva intimacion.

No accedió á que la suspension fuese por todo el día; pero ofreció desde luego conceder «proteccion y seguridad para los habitantes pacíficos, para el culto y sus ministros y olvido de lo pasado,» con tal antes de las dos se enarbolase bandera blanca y enviasen comisionados para tratar. La junta, que habia reasumido todos los poderes, envió con este objeto á Morla é Iriarte, al primero de los cuales recibió Napoleon con suma aspereza, echándole en cara su mal porte en el asunto de los prisioneros de Bailén, y hasta en la guerra de 93 con la república en el Rosellon. Concluyó amenazándole con pasar por las armas á él y sus tropas si antes de las seis de la mañana siguiente no se le habia entregado la plaza. En la junta prevaleció la pusilanimidad de Morla, y á la hora convenida se le presentó á Napoleon una minuta de la capitulacion, que aprobó con breves modificaciones, ansioso de anunciarse á Europa dentro de la capital de España.

«La conservacion de la religion católica, apostólica, romana, sin que se tolere otra, segun las leyes» era el primer artículo, al cual seguian otros estableciendo los honores de la guerra para la guarnicion, que se retiraria adonde le conviniese, asegurando las vidas, haciendas y destinos de todas las clases, y concediendo á los generales permiso de quedarse en Madrid ó salirse libremente. Las modificaciones recayeron sobre los artículos 5.º y 6.º en que se pedia que no se exigieran otras contribuciones que las ordinarias y se conservarian nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion; á cuyo márgen mandó poner Napoleon: «Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.» Tambien exceptuó del artículo relativo á la guarnicion de soldados alistados antes de los cuatro últimos meses, los cuales quedarian prisioneros de guerra hasta su canje con igual número y grado á grado.

Sin ser deshonrosa, fué acogida con visibles muestras de enojo por la generalidad esta capitulacion: Castelar, y el vizconde de Gante, no queriendo presenciar la entrada de las tro-

pas francesas, se marcharon con parte de la guarnicion, el uno hácia Extremadura, y el otro camino de Segovia; parte del paisanaje, rehusando deponer las armas, se fortificó en el nuevo cuartel de Guardias de corps, y fué necesario tiempo y exhortaciones de personas bien quistas para reducirlos. Todos culpaban del desenlace á Morla, tildándole de traidor, sospecha que confirmó luego pasándose al bando francés.

Airó más á los madrileños el ver á Napoleon rasgar el mismo día 4 la capitulacion recién firmada, con los decretos que expidió en su cuartel general de Chamartin, dictando como soberano ó como si fuese su hermano el vencido. Rasgó el artículo 6.º destituyendo y reduciendo á rehenes á los individuos del consejo de Castilla, puesto que en aquél se ofrecia conservar, no sólo las leyes y costumbres, sino tambien los tribunales. Con razon se notó, y es digno de observar para ejemplo, que aquél mismo á quien con sus flaquezas é irresolucion habian servido tan cumplidamente los miembros del consejo, al exonerarlos, les echaba en cara el haberse conducido «con tanta debilidad como superchería» y los afrentaba llamándoles «cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa.» No ménos quedó barrenada la capitulacion en el mismo artículo con los decretos que subsiguieron aboliendo la Inquisicion, suprimiendo las dos terceras partes de los conventos existentes, anulando los derechos señoriales y trasladando las aduanas á las fronteras, por más que los reclamasen una urgente necesidad y los principios de una sensata administracion.

Tambien causó general irritacion el haber llevado á efecto la proscripcion decretada en Búrgos, aunque no en toda su crueldad. En vez de fusilar, condenó á perpétuo encierro en Francia al príncipe Castel Franco, Altamira y otros que no habian sido exceptuados en el artículo que prometia respeto y seguridad á todas las clases en sus vidas, haciendas y empleos.

Napoleon entretanto permaneció en Chamartin, alojado en la casa de campo del duque del Infantado sin querer pasar á Madrid, luchando como antes de la invasion consigo mismo acer-



ca de la suerte á que someteria á España. Poco satisfecho de la aptitud de su hermano para reinar en las circunstancias actuales, viendo á todas las provincias sublevadas, confiando sólo en sí mismo y juzgándose señor absoluto de ellas por derecho de conquista, debió pensar si le sería más conveniente dividir la Península en vireinatos y agregarlos á la Francia para asegurar su dominio. Hay varios hechos que revelan las agitaciones y vacilacion en que le sumergió esta idea.

A los tres dias de la rendicion publicó una proclama dirigida á los españoles que concluia así: «Vuestro destino está en mis manos. Desechad los venenos que los ingleses han derramado entre vosotros. Que vuestro rey esté seguro de vuestro amor y vuestra confianza, y seréis más poderosos, más felices que no lo habeis sido hasta aquí. He destruido cuanto se oponia á vuestra prosperidad y grandeza; he roto las trabas que pesaban sobre el pueblo. Con el rey que yo os doy tendreis una monarquía dulce, suave y liberal, y nadie tendrá motivos para quejarse de su gobierno; sólo depende de vosotros el gozar de este insigne beneficio que os proporcionará la constitucion de Bayona, que se ha formado con tanta prudencia y sabiduría.—Pero, si mis esfuerzos son inútiles, si no correspondéis á mi confianza, no me restaria otro arbitrio que el de trataros como provincias conquistadas y colocar á mi hermano en otro trono. Ceñirá entonces mis sienes la corona de España, y sabré hacer que los malvados me respeten; pues Dios me ha dado la voluntad y fuerza necesaria para superar todos los obstáculos.»

En la contestacion que dió á la comision que en representacion de todas las clases y autoridades de la corte fué, por su indicacion, á suplicarle la vuelta de José, estuvo sobre este punto ménos ambiguo. «Bien fácil me sería, les dijo, gobernar la España nombrando tantos vireyes cuantas son sus provincias. Sin embargo, no me niego á ceder mis derechos de conquista» al rey y á establecerlo en Madrid cuando

los treinta mil ciudadanos que encierra esta capital, eclesiásticos, nobles, negociantes y juriconsultos hayan manifestado sus sentimientos y fidelidad; cuando hayan dado el ejemplo á las provincias, ilustrado al pueblo, y hecho conocer á la nacion que su existencia y felicidad penden de un rey y de una constitucion liberal, favorable á los pueblos y contraria únicamente al egoismo y á las pasiones orgullosas de los grandes. Si tales son los sentimientos de los habitantes de la villa de Madrid, júntense sus treinta mil ciudadanos en las iglesias; hagan delante del Santísimo Sacramento un juramento que les salga, no solamente de la boca, sino del corazon y que sea «sin restriccion jesuítica,» jurando apoyo, amor y fidelidad al rey; inculquen al pueblo estos sentimientos de los sacerdotes en el confesonario y en el púlpito, los comerciantes en su correspondencia, los abogados en sus escritos y en sus discursos. «Entonces me desprenderé del derecho de conquista, y colocaré al rey sobre el trono,» y será para mí muy lisonjero el portarme con los españoles como un fiel amigo.» De estas palabras claramente deduce que José habia venido á ser un rey condicional ó en comision.

Luego que él tuvo en Búrgos noticia de estos indicios que hacian sospechar un cambio en la mente de su hermano, se presentó sin su permiso en Chamartin; pero fué tan fria ó agríamente recibido que se retiró á los sitios exteriores de la corte, la Moncloa y el Pardo, donde vivió casi oscurecido y olvidado. Y este es otro hecho que descubre la fluctuacion del emperador respecto á los futuros destinos de España.

Por último, lo prueba el que, á pesar de haberse sujetado el vecindario de Madrid al juramento exigido, no fué José repuesto en el trono sino cuando los acontecimientos que sobrevinieron, arrebatando la atencion del emperador á otras empresas, le obligaron á renunciar á la idea de agregar el territorio español á la Francia, dividido en cinco vireinatos.